



## UN DISCURSO PARA EL HOMENAJE NACIONAL A ISIDRO FABELA\*

Por NAPOLEÓN SOBERANIS NÚÑEZ,  
*(abogado y periodista)*

Señores, honra y favor me concedéis permitiéndome abordar esta tribuna de la admiración y la justicia, y al dejar que mi palabra rinda cordial homenaje al respetado maestro don Isidro Fabela.

La tarea es tan grande como hermosa; mis alcances pequeños y ambiciosos mis deseos; por eso la envidia muerde mis entrañas doloridas; pero cuanto más padezco esa hambre espiritual, crece la sed de mi labio y mayormente anhelo las liras clásicas, el verbo candente de los jónicos, que me permitirían galanura y arrogancia, la palabra sabia y enfática con que pudiera expresar ante ustedes: la clara bondad que arroba corazones, la noble valentía que cumple justas causas, la vasta cultura que ha iluminado a las generaciones actuales de México; y, en fin, para que pudiera describir certeramente las excelencias del grande hombre a quien festejamos en este memorial día.

¡Musas Divinas, dádme de las linfas puras y sagradas que ríen y cantan en la maravillosa fuente helicónida! Hacedme creer que asciendo imponente atalaya, desde donde sólo es propio referirse a la prócer figura de Isidro Fabela, el moderno Arístides defensor actualísimo de la soberanía de nuestro México y nuestra América Latina. Encumbradme, olímpicas deidades, a la cima de gigantesca montaña, porque para hablar de Isidro Fabela siento la

---

\* Palabras escritas a nombre de la *Federación de Agrupaciones Cívicas Pro-México*. (Nota del Comité).

misma necesidad de Martí el Apóstol, cuando se refería a Bolívar, y estando en aquellas alturas, prestádmme vuestros perfumes, vuestras galas, para imitar al poeta de la cálida voz veracruzana y montar en oro de versos límpidos, como gemas preciosas, muchas cualidades bellas.

Los últimos soles de la centuria decimonovena, que amarillearon el agro verde, amigo inseparable del titán plateado de Toluca, dieron prístina luz y calor y vida a un bronceo retoño de los Fabela, raza querida de los dioses de mi padre Cuauhtémoc.

Impasible, la ampolleta sigue los pasos del tiempo, mientras su silenciosa cascada de arenitas de oro se amontona a los pies. Florece la juventud, y las aspiraciones fructíferas crecen gallardas y generosas como las fecundas espigas de la bíblica Ruth.

La Flor Lacustre, Hija de Tenoch, recibe jubilosa la llegada de un nuevo admirador, el que se hospeda para calmar su sed y su hambre de ciencia, en la casa de Temis, la venerada ciega. La diosa de la venda en los ojos, protege a su pupilo; lo instruye, lo fortalece y lo deja penetrar en el misterioso ritual de la ciencia que por sus altos alcances y su augusto género, fue llamada por Roma, madre natural y legítima, noticia de las cosas divinas y humanas.

Con la posesión de tan honrosísima doctrina y acicalado con las virtudes de Licurgos y Catones, Isidro Fabela, viste por cota su toga, transforma el corazón en balanza equitativa, y en la diestra mano empuña simbólica espada, el cetro formidable del Derecho, soberano en la sociedad, y la misma diosa lo arma andante caballero, valeroso sostén de las justicia.

Este noble caballero predestinado como Heracles el de las fabulosas hazañas, a grandes y múltiples acciones, después de dar a cada quien lo suyo en la patria amada, va en defensa legítima de nuestra Amerindia, porque como indolatino siente que la razón de aquélla es su causa propia, y el ánimo esforzado le manda atender las quejas de la doncella morena que en el canto bizarro de Rafael López se adorna con lagos azules y volcanes blancos; la que impasible vio pasar el brutal centauro de la conquista y que pasmada miraba la pérdida de su virgínea aureola de libertad. La niña enojada, que enamoró los ojos ardientes del conquistador español. La diosa lastimada por los zarpazos crudelísimos de los fenicios sádicos del norte, que ayer como hoy, se divierten con las mutila-

ciones dolorosas de tan delicada flor, que ve impotente marchitar sus frágiles pétalos: pequeñas repúblicas nacidas después del beso aventurero de las albas barcas del gran navegante alucinado.

Fabela, que sabe al igual que el portentoso Ramírez y el ciclópeo Altamirano, fundir en el crisol sonoro del verbo los arrullos de la belleza y los resplandores de la verdad —según quería Platón el de los diálogos inmortales— se lanza a la palestra del continente, con sólo su pluma redentora, y a modo de broquel diamantino el pensamiento libérrimo orlado por las guarniciones firmes de aquella misma fe inquebrantable que permitió al ingenioso Odiseo, ver sin espanto a través del espejo de la maga el mundo de las sombras muertas.

Agita, grita, apostrofa con rugidos de tormenta. Remueve, rebulle, descubre ardides, tramas imperialistas. De las intrincadas intrigas halla los hilos que desteje y con maña desmaraña. Y con fuerza hercúlea en los actuales tiempos, desborda el río del Derecho Internacional, cuyas alfeas ondas lavan en nuestra patria las hediondas cloacas de la traición. Fustiga, desenmascara y señala con pirófero ademán, los monstruos bebedores de sangre indonegra, moradores de aquella Casa Blanca que se ve allá tras los pinares del norte, adornada con barras de plata y áureos lingotes que semejan estrellas de pálida luz.

Isidro Fabela despierta al majestuoso pájaro-insignia de Anáhuac; y hábil artífice en la regia cetrería, lo provoca, lo excita y lo lanza raudamente a proteger el sagrado copón de la soberanía, en el cual oficiara el venerable cura de Dolores, al erigirse el tabernáculo de nuestra libertad.

En México se agazapa la hiena sedienta de sangre y oro. Pero solamente con su regüeldo asqueroso, desgrefñan el penacho del águila de nuestro blasón, los Harding, los Fall, los Coolidge, que ambicionaban adornar al Moloch de Wall Street, con el cadáver de la patria azteca, ya agonizante entre las charcas corrompidas de infames deyecciones, arrojadas por el fantasmón del tortuoso Monroe, que rondaba las calles principescas de Bucareli, el antiguo Virrey.

El maestro Fabela, escritor enjundioso, internacionalista, abogado de las justas causas, descubre los brutales atentados de los Sheffield, de los Kellog. Auxilia, como jurisperito, a los González

Roa, a los Elorduy, en la lucha desigual sostenida con los Shylocks de Wall Street.

Fabela instruye a la América Indiana; la prepara a su defensa. Le recuerda los bofetones, los golpes cobardes que le ha asestado el panamericanismo pirático. Nos enseña a reconocer las falsas promesas del coloso norteamericano, que el nombre de la civilización y de la cultura invoca para satisfacer apetitos de expansión y conquista, y para el cobro de lo que nunca ha dado, alegando derechos que sólo existen en la fábula cretina de "dar protección a sus nacionales", como si valieran más los torpes e inflados intereses materiales de unos cuantos individuos, que la soberanía de los pueblos que nadie debe avasallar, porque tras de constituir su libertad un derecho sacro, reconocido por todas las naciones honradas del mundo, es esa soberanía como un santuario bello a los cuatro vientos, en cuyos altares palpitan los valores inmortales y espirituales de la humanidad.

Isidro Fabela lucha por México y Amerindia, con la energía y tenacidad de los convencidos. Esgrime en su pelea el latinoamericanismo, y el derecho de gentes justo, reconocido, contra el fatuo panamericanismo. ¿Por qué? Porque es amante de la paz y de la justicia; y porque entre el panamericanismo y el latinoamericanismo, hay un corte más profundo que el de la injusticia que partió al canal que separa con burda discriminación a rubios y a morenos en la siempre enardecida república de Panamá.

El panamericanismo es Mac Kinley, pulpo dorado, chupando las jóvenes repúblicas de Cuba y Filipinas. El panamericanismo es el primer Roosevelt, Theo Roosevelt; es Knox, es Taft, becerros de oro, filibusteros de los mares latinos, desde donde han escupido plomo e injurias al límpido cielo de la independencia, en Santo Domingo, Haití, Honduras, Nicaragua, México, El Salvador, Panamá.

Por lo contrario, el latinoamericanismo es Sucre, escudando con el pecho valeroso a Amerindia. El latinoamericanismo es Morazán, cantando en el cadalso el himno de la inmortalidad indiana. El latinoamericanismo es Bolívar, en Boyacá, en Junín, rasgando no con espada encendida sino con luz de rayo, la luz más esplendente, las tinieblas de la esclavitud. El latinoamericanismo es Hidalgo, predicando el exterminio en Dolores y batiendo en el incendio guanajuatense a una atmósfera de tragedia plagada de

monstruos y vestiglos, con la antorcha de la libertad. El latinoamericanismo es Juárez, el de la frente granítica “que envuelto en el estandarte nacional, fue en gloriosa odisea hasta el norte, para regresar después triunfalmente a erigir en México el trono perenne de la República”. El latinoamericanismo es Sandino, David nica-ragiense, blandiendo su honda de libertad frente al Goliat yanqui violador de la enseña patria.

Con yambos que quieren parecerse a los de los griegos, señores, oíd esta invocación: ¡Juventud indoamericana, ayuda a la patria a levantarse, y demuestra al mundo lo que puede todavía Amerindia! Los nahoas, los mayas, los caribes, los incas, los chibchas, la fundaron; Hidalgo, Guerrero, Bolívar, Sucre, San Martín, la libertaron. Tú debes hacer lo que aquellos hicieron: emanciparla económicamente de sus norteros opresores, siguiendo las lecciones del maestro Isidro Fabela, quien a cambio de todos sus desvelos, de todos sus ardores, de sus consejos, cultura y experiencia, que habrá de legarnos, sólo ha pedido, sólo pide a cambio, como Fabio pidió a sus amigos en Roma: amar a la patria y servirla!